

DE TIERRA ADENTRO

4 de Enero.

Minutos antes de las 7 a. m. Popoff y el que suscribe llegaron a la estación Rosario Central del F. C. C. A. Popoff sumamente elegante: chistera de paja Manila, levitín de alpaca gris, breeches de tela subtropical a cuadritos blancos y negros, polainas de cuero de cerdo de matadero, botines yanquis, vaporosa camisa con puños mosqueteros, cuello "neglige" y corbatín de corratinas sedalina. ¡"High-life"! muy "high-life"! Ni el doctor Zeballos cuando recorre las avenidas de su "Victoria-Farm"!

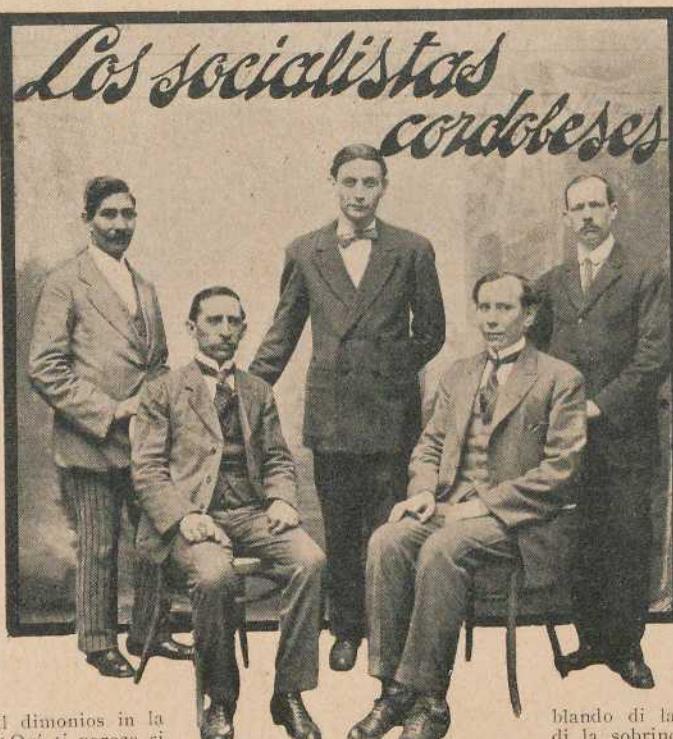
Qui va hace una calor di la mil diñonios in la tren, vigoramente. Qui ti parece si nunmas una rifresco madrugón in cementerio di la astaéion?... —¡Afirmativa! —retruque.

Popoff se subscribió a un refresco de horchata de chufas con quince gotas de biter. Luego al tren.

La vida periodística exige de tanto en tanto un par de días de descanso. Hay que levantar el mancarrón del trabajo y largarlo libremente a potro. Cuarenta y ocho horas sin leer diarios, sin capturar la lapicera, sin enfocar pruebas y sin acordarse de Scarlato ni de Querejeta, equivalen a toda una quincena pasada en "Los Leones" de don Victorino o en "El Trigo" de don Hipólito, a la sombra de románticos sauce llorones o debajo del alero del rancho de cualquier puestero, panza arriba o mañéandola con cascaritas de naranja. Y Popoff resolvió pasar Reyes en los pintorescos alrededores de la ciudad de Córdoba, adonde tiene instalado un boliche "di mojibes astubo jacaranda" su primo político don Jacobo Feffermann.

Mijor qui sobamos la tren con tiempo, mi querido camarada, pir elige asiento. Dispoies, coando la tren ca mine, nos atrincheraremos in la "boffete".

Arriba los corazones y las "lingheras"! Popoff con su vestimenta un tanto exótica y su maletín de hule claveteado, semejaba un bichólogo del Museo de la Plata en científica cruzada de caza y pesca. Arrancó la locomotora. Luequito, como escenitas de



Miembros de la junta ejecutiva de la "Federación Socialista de Córdoba". —Sentados: ciudadanos Isidro Oliver y A. Juliani Deauquin; de pie: Alejo Oviedo, Sevin Sem y Francisco Mulet.

pilchas y la chistera de paja Manila de nuestro compañero de tareas periodísticas. Todos se volvieron ojos. ¡Todos! Tres viajantes de comercio, los mozos, el encargado de las adiciones, un matrimonio gordo, otro idem flaco, una señorita inglesa (al parecer), dos alemanes, los chicos de un señor barbudo, dos hermanas de caridad, un cura, tres cerealistas y un próximo incompleto, vale decir, un ciudadano a quien le faltaba una pierna.

—¡Biblia! —Vendo biblias! —A un peso biblia de Dios! —pregonó un sujetó con melena rubia en cuarto creciente.

Mira qui harato la santísima biblia. ¡Una peso!...

El "bibliero" se detuvo frente a la mesa ocupada por nosotros, y alargó un ejemplar.

—¡Ti la cumpro! Una peso más qu'importa la mundo. Dispoies, si la rigalaré al tocierto Gómez, pira qui la astudie...

* * *

Había llegado la hora del fiambrécito que invariablemente prologa los menús ferroviarios de mediódia. Se nos acoplaron la señorita inglesa y un joven que empuñaba un volumen de la biblioteca blanca. Popoff procuró tirárselas

Señor Félix Paolucci, obrero mecánico, cuya candidatura a diputado nacional sostendrán sus correligionarios en las próximas elecciones.



cinematógrafo desfilaron ante nuestros ojos los caseríos que rodean las estaciones de la línea ferroviaria.

—Sigoramente qui dispoies la almoierzo pasaremos pir astación Tío Pujio. ¡Mira qui llamaré una pirsona Pujio!...

—¿Y Pelagio, Dositheo, Biterman, Belindo, Elpidio y demás nombres detonantes del principista santoral provincial, mi eminente Popoff? —me permitió observar.

—Sábes qui tienes "La Razón 5." ¡Bilindo, Alpidio, Pelagio!... ;Qui poemas!... Mejor qui pasemos la "boffete" in vez di seguir ha-

blando di la tio di Dositheo y di la sobrino di Pelagio.

El levitín y los "breeches" cuadruplicados de Popoff cayeron como bomba en el "buffet". Concentración de miradas—Hipólito concentra bayonetras en San Juan para garantizar el parte de un gobernador a paladar—sobre las

piñas y la chistera de paja Manila de nuestro compañero de tareas periodísticas. Todos se volvieron ojos. ¡Todos! Tres viajantes de comercio, los mozos, el encargado de las adiciones, un matrimonio gordo, otro idem flaco, una señorita inglesa (al parecer), dos alemanes, los chicos de un señor barbudo, dos hermanas de caridad, un cura, tres cerealistas y un próximo incompleto, vale decir, un ciudadano a quien

le faltaba una pierna.

—¡Biblia! —Vendo biblias! —A un peso biblia de Dios! —pregonó un sujetó con melena rubia en cuarto creciente.

Mira qui harato la santísima biblia. ¡Una peso!...

El "bibliero" se detuvo frente a la mesa ocupada por nosotros, y alargó un ejemplar.

—¡Ti la cumpro! Una peso más qu'importa la mundo. Dispoies, si la rigalaré al tocierto Gómez, pira qui la astudie...

* * *

Había llegado la hora del fiambrécito que invariablemente prologa los menús ferroviarios de mediódia. Se nos acoplaron la señorita inglesa y un joven que empuñaba un volumen de la biblioteca blanca. Popoff procuró tirárselas